

Sábado XIII del TO
Ciclo B



6 de julio de 2024

Am 9, 11-15

Sal 84

Mt 9,14-17

P. Eduardo Suanzes, msps

Después de la comida (de Mateo con Jesús del episodio anterior sobre la que reflexionamos el día de ayer) se habla del ayuno (un medio de expiación de los pecados). Tanto los fariseos como los discípulos de Juan el Bautista ayunan, y los discípulos de Juan preguntan a Jesús por qué los suyos no ayunan. En efecto: los discípulos de Juan se comparan con los de Jesús, y sugieren que los de éste no están a su altura. «—¿Quiénes son ustedes —es la implicación directa—*comparados con nosotros?*»¹.

La pregunta indica que siguen moviéndose en el esquema clásico del judaísmo como los fariseos, el de pecado-castigo-conversión-salvación. El pecado conlleva un castigo, del cual el hombre puede librarse si se convierte (cambia de vida) y, mediante unos ritos de reinserción (ayuno, sacrificios en el templo), puede entonces volver al ámbito de Dios (salvación). Los que preguntan ven en el ayuno un medio para reconciliarse con Dios, un modo que tiene el hombre de aplacar la ira divina (castigo).

Pues bien, Jesús da la vuelta a esos presupuestos y, frente al ayuno, vuelve a hablar de comer, de comida y de banquete nupcial, porque el banquete-fiesta (no el ayuno-castigo) es el ámbito de Dios. Jesús pide un cambio, y esa transformación requerida ¿cómo se realiza? De un modo sencillo, inesperado: "irse de boda", es decir, abandonarse al evangelio. El vino nuevo, generoso, lleno de fuerza de la Buena Nueva evangélica exige la capacidad de un corazón también nuevo, virgen, y así receptivo de todo lo divino. Un corazón consciente de nuestra radical impotencia humana; sólo así nos vigorizará ese vino con un optimismo sobrenatural. De otra suerte con "odres viejos se derramaría todo el vino y se perderían los cueros".

Y les dice: —*¿Pueden estar de luto los amigos del novio mientras el novio está con ellos?*». ¿Y quién es el novio? En la literatura bíblica es siempre Dios, que hace boda con su novia, con su pueblo. Jesús es enviado de Dios, y, en los esquemas de la antigüedad, un enviado es —en definitiva— como quien le envía, y ha de ser visto-tratado como el señor que le ha enviado. Jesús comiendo con pecadores significa que Dios es también novio de los pecadores, que los pecadores son también esposa-pueblo de Dios. Si el reinado de Dios ha irrumpido (en la persona de Jesús), entonces es tiempo de boda, una celebración de la que nadie queda excluido.

Quienes apelan al ayuno no están —de hecho— sintiendo la presencia de Dios con-en ellos, miran a Dios en la distancia, no captan esa presencia jubilosa que Jesús quiere hacer presente. De hecho, ayunar en una boda era una ofensa grave, porque quien lo hacía indicaba que no aprobaba el matrimonio que se estaba celebrando. Los fariseos (como los discípulos del Bautista) —por ello— no aprueban esta proximidad de Dios, esta boda suya con los que ellos consideran pecadores. Están llevando la contraria a la voluntad de Dios que Jesús les muestra. No creen a Jesús ni que Jesús sea enviado de Dios. En definitiva, siguen aferrados a esquemas «viejos». Por eso sigue la enseñanza de Jesús sobre el paño nuevo cosido en un vestido viejo, o el vino nuevo guardado en

¹ Cfr. THOMAS KEATING, *Despertares*. Ed. Crossroad, 1990

odres viejos. No; es ya tiempo de vino nuevo: el amor de Dios está aquí. Hay que cambiar de «chip», de esquemas, de formas de situarse ante la realidad para poder captar eso. Lo nuevo (el amor inclusivo, desbordante y festivo de Dios) no puede ser visto desde los viejos prejuicios mentales del esquema pecado-castigo-conversión-salvación (el vestido viejo, los odres viejos), porque ya no es tiempo de juicio (anuncio del Bautista), sino de efusión del amor y misericordia de Dios (anuncio de Jesús). Es tiempo de salvación realizada.

Los discípulos del Bautista no se dan cuenta que él fue la línea divisoria que marca un antes y un después. Antes, la Ley y los Profetas; después, el reino de Dios: antes el vestido viejo, ahora el nuevo; antes el vino viejo en sus odres viejos, ahora el nuevo en sus nuevos odres.

Como es lógico, la Ley y los Profetas, el vestido viejo, el vino viejo, se refieren a normas, usos y prácticas como el ayuno. Pero no sólo a eso. Si de algo nos hablan La Ley y los Profetas, es de Dios. Esto quiere decir que, a partir de Juan Bautista, nuestro conocimiento y nuestra experiencia de Dios quedaron radicalmente modificados. Pensar que nuestro Dios sigue siendo el Dios de la Ley y los Profetas (el Dios del Antiguo Testamento), es tanto como poner remiendos de paño nuevo en una tela pasada o echar vino nuevo en odres viejos².

El odre viejo no tiene la flexibilidad de expandirse que requiere la fermentación. El vino nuevo es la maravillosa imagen del Espíritu Santo. A medida que entramos en la novedad del Evangelio, en el abandono de nuestro amor a Él, la exuberancia del Espíritu no puede ser contenida en las viejas estructuras. No son lo suficientemente flexibles; deben dejarse de un lado o adaptarse.

Estas dos parábolas o metáforas (la del vino y la del traje) vienen a decir que hay que cambiar radicalmente de mentalidad («*convertíos*») para poder «*ver*» la nueva realidad. Jesús quiere corazones frescos, como recién estrenados en donde se instale para crear y recrear a tu antojo. Vino nuevo en odres nuevos. Ya lo prometió tajantemente: «*He aquí que vengo y hago nuevas todas las cosas*»³. Y promesa que hace Jesús, promesa que cumple. Pero mientras, la tarea es nuestra en la medida en que nos dejamos guiar por su Espíritu, nos adentremos en su Evangelio y nos alegramos como los amigos del novio⁴.

² Cfr. JOSÉ M. CATILLO, *Espiritualidad para insatisfechos*. Ed. Trotta, Madrid 2007

³ Ap 21,5

⁴ SERGIO GARCÍA GURRERO, MSPS. *Sábado de oración, 8 de julio de 2017*